

rez Iturbe, de la UNAM, y Berenise Bravo Rubio, de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), con el tercer apartado, sobre “Los eclesiásticos ilustrados”, escrito por María Cristina Torales Pacheco. El capítulo quinto, “Los conventos de monjas”, es de María Concepción Amerlinck de Corsi. El capítulo sexto, titulado “En la guerra por la Independencia”, está dividido en un primer apartado, “Un clero dividido y asediado durante la guerra”, escrito por Guadalupe Jiménez Codinach, de Fomento Cultural Banamex, y un segundo

sobre “La Constitución de Cádiz y la Nueva España”, del padre Casas. Finalmente, el capítulo séptimo, acerca de “Las actitudes ante la revolución armada”, fue escrito por Ana Carolina Ibarra, directora del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El libro cierra con un conjunto de ocho mapas, importantes para visualizar los múltiples procesos descritos en el libro, además de información sobre los autores y un útil “Índice onomástico”. Como puede verse, con sólo enunciar los

capítulos y algunos apartados y sus autores, la información buena y bien pensada sobre la Iglesia en México durante el periodo colonial que aporta la *Nueva historia de la Iglesia en México*, coordinada y editada por el padre Juan Carlos Casas García, es enorme, y está bien dispuesta para su asimilación por los lectores especializados y aficionados, lo cual resulta vital al tratar un tema indispensable para nuestra historia y nuestro ser y, al mismo tiempo, tan poco conocido por el común de los cristianos.

## Sobre Saturnino Herrán

Luciano Ramírez Hurtado\*

Mauricio de la Cruz de la Fuente (ed.), *Saturnino Herrán, un encuentro con nuestra identidad. Centenario luctuoso*, México, Gobierno del Estado de Aguascalientes / Instituto Cultural de Aguascalientes / Citibanamex / Índice Editores, 2018, 192 pp.

**S**e trata, sin duda, de una obra hermosamente editada, profusamente ilustrada, con abundantes

reproducciones a color de las obras pictóricas de Saturnino Herrán y acercamiento a detalles de las mismas, así como algunos dibujos, bocetos y fotografías, a propósito del centenario luctuoso del artista aguascalentense. Es una obra, producto de un simposio, sobre los contextos y los entornos del pintor, y en cierta medida hasta de los pretextos para conmemorarlo. Más, mucho más se habla de la Ciudad de México; poco de Aguascalientes, no obstante que aquí pasó prácticamente la mitad de su vida.

Hace tres décadas que la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) publicó *Saturnino*

*Herrán. Jornadas de homenaje*, a propósito del centenario del natalicio del pintor, producto de un evento académico.<sup>1</sup> Las efemé-

<sup>1</sup> Participaron en la organización de las “Jornadas de Homenaje a Saturnino Herrán” el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, el Instituto Cultural de Aguascalientes y el Instituto Nacional de Bellas Artes. Del 9 al 11 de julio de 1987 en la ciudad de Aguascalientes y el 26 y 27 de enero de 1988 en el Museo Nacional de Arte. Se publicó finalmente la obra *Saturnino Herrán. Jornadas de homenaje*, México, IIE-UNAM, 1989, 203 pp., más 55 figuras. Escribieron capítulos por Aguascalientes: Alejandro Topete del Valle, Jesús Gómez Serrano, Alfonso Pérez Romo, Juan Castañeda y Otto

\* Departamento de Historia, Universidad Autónoma de Aguascalientes.

des pueden ser ocasiones oportunas para publicar buenos libros.

Por otro lado, en 2018, la Secretaría de Cultura a través del Instituto Nacional de Bellas Artes publicó *Saturnino Herrán. Melodía de la existencia. Corpus mayor*, básicamente un catálogo más amplio de las obras del pintor —aparecen las conocidas de siempre que resguardan los museos, instituciones y fundaciones, pero como un plus también algunos dibujos, bocetos y pinturas de colecciones particulares, poco conocidas— coordinado por el nieto de éste, Saturnino Herrán Gudiño. Dicho *corpus* de imágenes viene precedido de textos —intercalados con fotografías, recortes de periódicos, portadas de revistas, autorretratos, etc.— escritos por Vicente Quirarte, Víctor Muñoz y el propio coordinador editorial.

## Estructura

Como es costumbre para este tipo de ediciones conmemorativas de gran formato, hay mensajes de los patrocinadores y autoridades implicadas de las instituciones que participaron en el proyecto y que suelen pronunciar algunas ideas interesantes y palabras grandilocuentes para la ocasión. Son nueve los capítulos que componen la obra.

---

Granados Roldán; y por la Ciudad de México: Elisa García Barragán, José Luis Martínez, Víctor Muñoz, Fausto Ramírez, Julio Estrada, Felipe Garrido, Manuel González Galván, Miguel León Portilla, Raymundo Mier, José de Santiago Silva y Saturnino Herrán Gudiño.

Para abrir boca, “Saturnino Herrán: un despunte de Aurora”, de la autoría de Alberto Nulman Magidin, maestro en historia del arte por la Máxima Casa de Estudios del país, es un muy buen trabajo sustentado en fuentes pertinentes como Manuel Toussaint, Fausto Ramírez, prensa de la época publicada en la capital de la República, entre otras.

Nulman Magidin comienza por el final, esto es, con algunos comentarios que emiten los contemporáneos de Saturnino Herrán a propósito de su deceso, acaecido en octubre de 1918: Ramón López Velarde, Luis G. Urbina, Federico E. Mariscal lo lamentan profundamente, pues en general consideran el funesto suceso como un desastre para el arte mexicano; resultan conmovedoras las palabras de Urbina, quien le comunica por carta a Alfonso Reyes que Herrán quien “Dibujaba como un exquisito, pintaba como un maestro”, había muerto y dejaba “una obra apenas comenzada, un despunte de aurora”, dando a entender que todavía tenía mucho que dar.

Referencias a la obra de Herrán que proporcionan Manuel Toussaint, José Clemente Orozco, entre otros, para referir las influencias que tuvieron sus maestros Antonio Fabrés en el tema del dibujo y Germán Gedovius en el color. Finalmente comenta y analiza brevemente varias de las obras más importantes de Saturnino Herrán en las que vuelca su mexicanismo y en cierta medida su sensibilidad a las clases trabajadoras: *Labor*, *La leyenda de los volcanes*, *El jarabe*, *La ofrenda* (también llamada *La trajinera* o *Xochimilco*), *El cófrade*

*de San Miguel*, *El quetzal*, *Joven con calabaza* y la serie de las criollas: *Tehuana*, *La dama del mantón*, *La criolla del rebozo*, *La criolla del mango*, *La criolla de la mantilla*, así como algunos bocetos y trabajos inconclusos.

El capítulo “Encuentro con Saturnino Herrán desde las claves de la identidad”, del doctorante en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Silvano Héctor Rosales Ayala, no me merece comentario alguno pues muy poco dice sobre el tema central del simposio, a pesar de que intenta asirse pero en realidad le sirven de pretexto autores como Víctor Muñoz, Luis Carlos Emerich y Felipe Garrido. Larga y farragosa disertación sobre la identidad ocupa la mayor parte de su texto, y al final un poema que tampoco se vincula al personaje homenajeado.

Elizabeth Fuentes Rojas, especialista en el tema de la Academia de San Carlos, la participación y representación de las mujeres, nos entrega un interesantísimo capítulo que lleva por título “El taller de Antonio Fabrés: simiente de la obra de Saturnino Herrán”. El capítulo pone énfasis en los entornos, en las atmósferas de la época en que Saturnino Herrán llegó a la Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA), institución que estaba a la altura de las mejores de Europa a principios del siglo XX. Habla de los espacios que debió conocer, como las galerías de Grabado en Hueco (Numismática), Pelegrín Clavé, Centenario, de Cuadros Europeos, de Escultura Moderna. Aborda con suficiencia el tema de las transformaciones, cambios y remodelacio-

nes al edificio, las instalaciones, mobiliario, colecciones, de los maestros que le dieron clase, del plan de estudios vigente, de las materias que cursó, del sistema de enseñanza con base en el método Pillet y el uso de la fotografía como apoyo didáctico, de sus aprendizajes e influencias.

En especial, Fuentes Rojas, doctora en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia, se concentra en la figura, trayectoria, métodos, procedimiento, colección y taller del maestro catalán Antonio Fabrés (escultor, pintor y grabador), quien veía en Saturnino Herrán a un talentoso alumno, un joven e incipiente dibujante que prometía grandes cosas. La autora describe algunos dibujos y ejercicios localizados en la colección de la Academia realizados por los condiscípulos de Herrán, pues de él no se conservan en ese recinto, pero sí en colecciones particulares.

La autora decide evadir, o bien ignora, que dos dibujos del yeso que se conocen de Herrán fueron hechos en su etapa formativa de Aguascalientes, muy probablemente en el Instituto Científico y Literario entre 1902 y 1903.<sup>2</sup> Por otro lado, los describe y analiza muy bien: “[...] un excelente dibujo de la escultura de Ganimedes, un joven con un ánfora, en el cual la silueta de la figura en el muro de-

nota la luz intensa de un reflector que destaca las protuberancias del cuerpo y modela la figura”, con un fuerte contraste de luz y sombra. “Esta escultura pertenece al Vaticano, ya que se cubren sus partes nobles con una hoja de parra por la censura que existía ante el desnudo masculino”. El segundo dibujo “de un modelo escultórico se marca también un enorme contraste con la sombra del fondo, de donde destaca la frágil figura iluminada de un joven Baco... Cabe aclarar que ésta no es una escultura de Adonis, sino la de un Baco de François Duquesnoy, localizado en un baldaquino del Vaticano, y cuyo original en mármol se encuentra en el Museo del Hermitage”. Estos contrastes dramáticos se consiguen por el empleo de luz eléctrica que en aquellos años fue introducida en las academias, incluso en la Academia de Dibujo Municipal de Aguascalientes, donde se impartía la clase de dibujo del yeso.

El capítulo más completo, estupendamente escrito y bien documentado es el de la doctora en historia del arte por la UNAM y coordinadora del Archivo Histórico y de Investigación Documental del Instituto de Investigaciones Estéticas, Julieta Ortiz Gaitán, “El dibujo y el imaginario de identidad mexicana”, quien habla con autoridad del academicismo, del modernismo, del nacionalismo, de las enseñanzas que Herrán recibía de sus maestros en la ENBA, de sus etapas, de sus trabajos o empleos, del criollismo, de la iconografía de Herrán plasmada en sus cuadros, del alma nacional, sin descuidar el tema de los materiales, insumos,

soportes de que echó mano en momentos de escasez.

En tanto historiadora del arte experta en temas de publicidad, Ortiz Gaitán se pregunta: “¿por qué no contamos con una mayor producción gráfica de la autoría de Saturnino Herrán en los años de la lucha armada?” Y elucubra: “Es cierto que el joven pintor de Aguascalientes ayudaba a incrementar sus entradas realizando portadas e ilustraciones para libros, pero no incursionó, particularmente, en la publicidad, en el diseño de anuncios para las revistas de la época, como sí lo hicieron otros artistas, por ejemplo Julio Ruelas y Roberto Montenegro”.

“Seis notas breves sobre Saturnino Herrán”, del pintor, escritor y profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, Víctor Muñoz, es una revisión o recuento de lo que ya ha escrito este autor en trabajos anteriores.<sup>3</sup> Primero habla someramente del largo camino creativo del artista, continúa con el tema de las características del modernismo imperante en la época, sigue con las peripecias y vericuetos de las etapas formativas, luego

<sup>2</sup> Véase de Luciano Ramírez Hurtado, “Saturnino Herrán. Sus años mozos; sus maestros en Aguascalientes, 1887-1903”, en Luciano Ramírez Hurtado y Marcela López Arellano (coords.), *Historia regional, nuevos acercamientos y perspectivas*, Aguascalientes, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2019 (libro electrónico, formato Epub).

<sup>3</sup> El texto de Víctor Muñoz es parecido al publicado en *Saturnino Herrán. Melodía de la existencia. Corpus mayor*, México, Secretaría de Cultura / INBA, 2018, pp. 37-72, pues aunque lo tituló “Las formas de una idea” y es más abundante en datos e información, también habla del modernismo y sus acepciones, así como de las etapas formativas en Aguascalientes y Ciudad de México, sus maestros, influencias, estilo, técnicas, se detiene en el tema del retrato en varias obras de Herrán y como portadista de algunas revistas, culminando con su fallecimiento y aniversarios luctuosos.

desarrolla los rasgos culturales y símbolos de identidad en las obras más representativas de Herrán, continúa con el tema del decadentismo y culmina con las formas del realismo modernista en las obras de Saturnino. Es un barrido somero pero bien escrito, sintético y substancioso.

“Saturnino Herrán en la cultura de 1917”, de Aurelio de los Reyes García-Rojas, doctor en historia por El Colegio de México y también con un doctorado en letras por la UNAM, concedor como pocos de los tesoros que resguarda la prensa periódica de la época, nos ofrece un panorama muy completo de los aspectos culturales relacionados con la literatura, la poesía, la música con énfasis en la ópera y desde luego las artes plásticas (exposiciones de pintura, sobre todo), para terminar hablando justamente de los dos últimos años de vida de Saturnino.<sup>4</sup>

Comenta —a partir de una entrevista que le hizo un periodista, aborda lo escrito por Manuel Tous-saint, Alejandro Topete del Valle y Fausto Ramírez— el estado de ánimo un tanto depresivo, triste y derrotista de Herrán, producto de la grave situación, deterioro comercial, inestabilidad económica por la que pasaban amplias zonas de la República, así como de la tran-

sición en la manera de pintar, los materiales que empleaba, los temas que plasmaba. Agrega Aurelio de los Reyes, investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas: “Durante esos años, debido a que no había mercado de trabajo suficiente para vivir, la producción de Herrán fue menor: bocetos, ilustración de artículos y portadas de revistas, portadas de libros, retratos”. Siempre intuitivo, anota: “Tal vez la causa primordial de su depresión haya sido su precaria salud, ocasionada por desórdenes intestinales, acaso consecuencia de la misma precaria situación personal y del país”. El año en que murió Herrán, a pesar de que se mantenía alejado de los reflectores, era uno de los pintores más destacados por la prensa, una de las dos grandes figuras de la pintura en México, junto con Germán Gedovius.

Vicente Quirarte, doctor en literatura mexicana y ex director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, se ocupa del capítulo “El poeta de la figura humana”.<sup>5</sup> Empleando —valga la redundancia— un lenguaje casi poético, destaca sobre todo algunos paralelismos entre el dibujante y pintor Saturnino Herrán y su amigo el poeta y escritor Ramón López Velarde. Ambos provincianos, y compañero de andanzas, los dos avocados en la capital de la República y enamorados de los encantos y atractivos de la Ciudad de

México, buscaron en sus respectivos ámbitos de influencia las preocupaciones del nacionalismo basado en el mestizaje.

Quirarte considera, dado el nombre de pila de Saturnino y de acuerdo a los *Tres libros sobre la vida* de Marsilio Ficino, que nuestro artista estaba predestinado a ser un hombre de temperamento melancólico, sumamente virtuoso, apasionado en su quehacer y condenado por los dioses a morir joven, a los 31 años. Califica a Herrán de haber sido un pintor sumamente talentoso, pero sobre todo un maestro en el dibujo, con un peculiar sentido del humor pues se burlaba tanto de los demás como de sí mismo, “que logró en muy poco tiempo sentar las bases de una identidad pictórica que es al mismo tiempo... nacional y universal”.

Por su parte, Carlos Blas Galindo, licenciado en artes visuales por la UNAM, uno más de los autores que aparece con frecuencia en este tipo de libros, escribe “Saturnino hoy”, capítulo muy sugerente en que establece una serie de similitudes y semejanzas entre la época que él denomina *arte fin de siglo* (la de Herrán, previa a las vanguardias) y la actual (la de las posvanguardias), destacando el legado del artista homenajeado a quien denomina “relevante autor modernista agascalentense”.

Blas Galindo, Miembro de Número de la Academia de Artes de México, ubica al menos seis o siete puntos de comparación, entre los que destaca: los academismos, la formación de artistas en las academias y la exigencia de exponer en salones en la épo-

<sup>4</sup>De Aurelio de los Reyes puede verse “Fallecimiento de Saturnino Herrán”, en *Imágenes* revista electrónica del Instituto de Investigaciones Estéticas, en que el autor habla de la agonía, con toques un tanto dramáticos, de los últimos momentos del pintor. Recuperado de: <<http://www.revistaimagenes.esteticas.unam.mx/fallecimiento-de-saturnino-herran>>, consultada el 7 de octubre de 2019.

<sup>5</sup>Prácticamente, el de Vicente Quirarte es el mismo texto e incluso el mismo título publicado en *Saturnino Herrán. Melodía de la existencia. Corpus mayor...*, pp. 17-26.

ca de Herrán es comparable a la actual, pues hoy día, a quienes aspiran a ser artistas, igual se les exige formación académica, preferentemente con posgrado y con la obligatoriedad de exponer, para ganar legitimidad, en ferias internacionales de arte; el carácter decisivo ante una encrucijada histórica específica, tanto entonces como actualmente, pues hay que enfrentar incertidumbre internacional, violencias machistas, represión, desigualdad, explotación capitalista, conflictos armados locales y entre países, éxodos; la aportación de Herrán fue la postura de insumisión en cuanto al desarrollo de nuestra cultura artística, lo cual deben emular los artistas de nuestros días y no caer en la globalización geopolítica, sino proponer versiones locales; Herrán propuso con intensidad un nacionalismo no separatista sino integrador, lo cual es digno de ser emulado también; Herrán se familiarizó con las ideas de avanzada de su tiempo, ya que mediante la lectura de la prensa periódica y libros relativos a las artes fue poseedor de una cultura general, de la misma manera en la actualidad es absolutamente indispensable mantener contacto permanente con ideas progresistas de nuestra época teniendo acceso a libros especializados y asistiendo a diversos eventos académicos; por último, un legado más de Herrán es que mantuvo una postura propositiva ante los certámenes en que participaba, y en ese orden de ideas, los estudiantes de hoy día que responden a convocatorias nacionales o internacionales deben hacerlo con una postura crítica y no tratando de agradar a

los jurados y ser condescendientes con ellos.

El último capítulo, “Melodía de la existencia”, es un extraño y por momentos inexpugnable texto del señor Saturnino Herrán Gudiño, nieto del pintor homenajeado, quien se esmera en mostrar a base de muchas preguntas, varias de las cuales quedan sin responder, “que la pintura de Herrán suscribe las tesis fundamentales del existencialismo”.<sup>6</sup>

### Lo que escapó a los ojos de los autores

Fausto Ramírez, especialista en el tema del modernismo, es uno de los ausentes importantes en el libro. Quizás querían nuevas miradas a un viejo tema.

Faltó quien investigara y escribiera sobre los primeros años de vida de Saturnino Herrán. Apenas si se menciona quien fue su padre, pero nada de su madre. Tampoco se habla de su ambiente familiar, ni de las escuelas donde estudió, sus entrañables amigos y compañeros cercanos, en fin, de su ambiente en Aguascalientes hasta la edad adolescente, pues se marchó a la capital cuando tenía 15 o 16 años.

Un poco se acerca Alberto Nulman, que en el apartado “Los años de formación” habla de Aguascalientes, de su padre José Herrán y Bolado, y dice “no es de extrañar que en ese ambiente tan

propicio Saturnino no sólo adquiriera la afición por la literatura y las artes, sino también una inclinación hacia la investigación y la experimentación que pondría en práctica en su obra pictórica”.

Enrique Graue Wiechers, rector de la UNAM, con enorme intuición apuntó: “[...] con la libertad que me permite la fantasía, imagino a Saturnino Herrán en su niñez y temprana adolescencia en esa patria chica, ilustrada y progresista que era Aguascalientes a principios del siglo pasado. Lo imagino inquieto y social; sensible a la realidad nacional e interesado en el medio que lo rodeaba, y que más tarde plasmaría magistralmente en las figuras y formas que nos dejó”.

Claudia Patricia Santa Ana Zaldívar, directora del Instituto Cultural de Aguascalientes, con acierto asevera: “Herrán —en su formativo periodo hidrocálido— creció rodeado de libros, pudo acceder a la educación y tuvo la oportunidad de ejercitar sus talentos estéticos en Aguascalientes. Ésta fue la antesala preparatoria de su potente despertar creativo”, previo a llegar a la capital del país.

Es preciso investigar y profundizar respecto a los antecedentes de Saturnino, esclarecer relaciones de parentesco con miembros de la élite artística y socio-política de la localidad, reconstruir la atmósfera cultural y entorno que le tocó vivir. Por ejemplo, con su tía la pintora Ángela Bolado, esposa del doctor Jesús Díaz de León, de quien pudo haber recibido alguna influencia indirecta e inspiración y el círculo de artistas con los que la familia convivía: José Justo Montiel, pintor veracruzano pro-

<sup>6</sup>Prácticamente, el de Herrán Gudiño es el mismo texto y título publicado en *Saturnino Herrán. Melodía de la existencia. Corpus mayor...*, pp. 27-35.

cedente de la Academia de Dibujo de Orizaba,<sup>7</sup> profesor de pintura en el Liceo de Niñas; los jaliscienses Amador Herrera, director de la Academia Municipal de Dibujo y profesor en el Instituto de Ciencias y el Liceo de Niñas, y Rosendo Álvarez Tostado, también profesor en el Liceo de Niñas, acuarelista y pintor escenográfico; Ramón A. Castañeda, un tiempo director de la Academia de Dibujo y profesor en el Liceo de Niñas; del chiapaneco José Inés Tovilla, formado en

la ENBA, director de la Academia de Dibujo de 1891 a 1910 y profesor en el Instituto Científico y Literario o Escuela Preparatoria, maestro de Saturnino;<sup>8</sup> el zacatecano Severo Amador, pintor independiente egresado de la ENBA, también maestro de Herrán; así como del propio Jesús F. Contreras, escultor aguascalentense, director de la Fundación Artística Mexicana. Se ignora bastante respecto a las bases que el muchacho recibió en su tierra natal.

Nunca serán suficientes los esfuerzos para honrar al artista aguascalentense, la gran promesa del arte mexicano que tuvo el infortunio de morir joven. Esperamos que la cátedra Saturnino Herrán, recientemente instaurada entre la Máxima Casa de Estudios del país y el Instituto Cultural de Aguascalientes, dé muchos frutos en un futuro inmediato y vengan más publicaciones de calidad académica.

<sup>7</sup> José Justo Montiel trabajó en la década de los sesentas del siglo XIX en la Academia de Dibujo de Orizaba y le dio nuevos bríos a la institución. Véase el trabajo de Gerardo Antonio Galindo Peláez, *El Colegio Preparatorio de Orizaba, 1824-1910. Continuidad y cambios*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2013, p. 152.

<sup>8</sup> Luciano Ramírez Hurtado, “José Inés Tovilla. El maestro del dibujo y la pintura de Aguascalientes”, *Bicentenario. El ayer y hoy de México*, vol. 10, núm. 38, octubre-diciembre de 2017, pp. 70-79. Recuperado de: <<http://revistabicentenario.com.mx/index.php/archivos/jose-ines-tovilla-el-maestro-del-dibujo-y-la-pintura-de-aguascalientes/>>.